
ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Castillo del Barón de Attinghausen.

Sala gótica, con cascós y escudos. EL BARÓN, anciano de ochenta y cinco años, de noble aspecto y elevada estatura, apoyado en un bastón, cuyo puño lo forma un cuerno de gamuza, está de pie, vestido de pieles; KUONI y otros seis servidores delante de él, con hoces y rastrillos. ULRICO DE RUDENZ aparece con traje de caballero.

ULRICO.—¡Aquí estoy, tío! ¿Qué queréis?

EL BARÓN.—Deja que antes, á la antigua usanza, beba con mis servidores la copa de la mañana. (Bebe en una copa, que corre luego de mano en mano.) En otro tiempo, yo mismo los acompañaba al campo y á los montes, y los llevaba á pelear bajo mi bandera. Ahora sólo me es permitido darles mis órdenes, y si el calor del sol no viene á buscarme, no puedo salir á su encuentro en las montañas. Así me muevo en círculo más estrecho cada día, hasta llegar al más limitado y último, á aquel en que termina toda existencia. Sólo mi sombra soy, y pronto no quedará más que mi nombre.

KUONI. (A Rudenz, ofreciéndole la copa.) — ¡A vuestra salud, caballero! (Rudenz vacila en tomar la copa.) ¡Vamos, bebed! Aquí no hay más que una copa.

EL BARÓN.—Andad, hijos; y cuando llegue el día de descanso, hablaremos de los asuntos del país. (Vanse los criados. A Rudenz.) Veo que estás vestido y ataviado; ¿te propones encaminarte á Aldorf, al castillo del Gobernador?

RUDENZ.—Sí, tío, y no me atrevo á detenerme...

ÄTTINGHAUSEN. (Sentándose.) — ¿Tanta prisa tienes? ¿Cómo? ¿Tan tasado está el tiempo para tu juventud, que hayas de cscatimarlo para tu tío?

RUDENZ.—Veo que no me necesitáis, porque soy en esta casa como un extraño.

EL BARÓN. (Después de mirarlo algún tiempo.) — Sí, desgraciadamente lo eres. Desgraciadamente tu patria lo es también para tí... ¡Ulrico, Ulrico! No te conozco ya. Ostentas vestido de seda; llevas con orgullo plumas de pavo real, y cubre tus hombros manto de púrpura. Menosprecias al labrador, y hasta te causa vergüenza su cordial saludo.

RUDENZ.—Yo lo honro como debo; pero le niego el derecho que se atribuye.

EL BARÓN.—Todo el país se queja de la dura opresión del Soberano... El pecho de todos los hombres honrados está lleno de amargura ante el poder tiránico que nos agobia... pero no llega hasta tí ese dolor general... andas separado de los tuyos, junto al enemigo de tu patria; te burlas de nuestros males; corres en pos de placeres ligeros, y te esfuerzas en captarte el favor de los príncipes, cuando tu país destila sangre á los golpes de la férula.

RUDENZ.—¿Decís que está oprimida la patria?... Y ¿por qué, tío? ¿Quién es el fautor de esta desdicha? Una sola y fácil palabra nos libraría en un instante de esta plaga, y nos conciliaría las gracias del Emperador. ¡Ay de aquéllos, que cierran los ojos al pueblo, y se oponen á su verdadero

bien! Por su propio interés lo contrarian, y se niegan los cantones á jurar fidelidad al Austria, como lo han hecho los demás países comarcanos. Mucho les agrada sentarse con los nobles en el banco señorial... quieren por soberrano al Emperador, para no tener ninguno.

EL BARÓN.—¿Que yo oiga estas palabras, y que las oiga de tus labios!

RUDENZ.—Ya que me habéis provocado, dejadme terminar... ¿Qué papel representáis aquí, oh tío? ¿No va más allá vuestra ambición, que hasta ser bailío ó señor de bandera, y mandar en compañía de estos pastores? ¿No os parece más glorioso rendir homenaje á un rey, y formar parte de su brillante cortejo, que ser igual á vuestros criados, y sentarse con rústicos en un tribunal?

EL BARÓN.—¡Ah, Ulrico, Ulrico! Conozco la voz de tu sirena. Ha penetrado en tus oídos cándidos; ha empozado tu corazón.

RUDENZ.—Sí, no lo oculto... en lo más profundo del alma he sentido yo las amargas burlas de estos extranjeros, que se mofan de nuestra campestre nobleza... No puedo sufrir que mientras los jóvenes más distinguidos se reúnen bajo las banderas de Habsburgo, para ganar gloria, he de permanecer yo bailío aquí, en mis tierras, y disipar en vulgares tareas la primavera de mi vida... Allende esta región, en cualquiera parte, y lleno de brillo, se ofrece á los hombres un teatro, abierto á las hazañas y á la fama... Nuestros yelmos y escudos se cubren de moho en estos salones. El sonido estridente del clarín guerrero, la voz del heraldo que llama al torneo, no resuena en estos valles. Aquí no oigo yo sino el ranz de las vacas, y las esquilas de los ganados, són cansado y monótono.

EL BARÓN.—¿Y ciego por resplandor engañoso, desprecias tu país natal! ¿Y te avergüenzas de las rancias y piadosas costumbres de tus padres! Algún día suspirarás,

llorando lágrimas ardientes, por sus montañas; y esa melodía del ganado, que en tu orgullo insensato desprecias ahora, te inspirará ansias tristes, al recordarla, cuando llegue hasta tí en país extranjero. ¡Oh! ¡Poderoso es el amor de la patria! El mundo extraño y falso no es para tí, y en la corte ostentosa del Emperador encontrarás un vacío molesto en tu corazón. En esos lugares se exigen condiciones, que tú no has podido adquirir en estos valles... Anda, pues, vende tu libertad; toma en feudo tus tierras, conviértete en servidor de príncipes, cuando te es lícito ser dueño de tí mismo, y potentado en tu propia herencia, y en tu territorio libre. ¡Ay de mí, Ulrico, Ulrico! Quédate entre los tuyos, y no vayas á Aلدorf... ¡Oh! ¡No abandones la santa bandera de la patria!... Yo soy el último de mi estirpe... Mi nombre morirá conmigo. Mi yelmo y mi escudo, ahora ociosos, me acompañarán al sepulcro. Y, al exhalar mi último aliento, me asaltará la amargura de que tú has de esperar que se cierren mis ojos, y dejar este nuevo feudo, que yo recibí libre de manos de Dios, y que tú aceptarás del Austria.

RUDENZ.—Vanamente resistiremos al Rey, porque el mundo es suyo. Nosotros solos ¿hemos de luchar obstinados, y romper la cadena de los pueblos, que nos cercan y que con tanto vigor nos envuelven? Suyos son los mercados públicos, los tribunales, las carreteras que recorren los comerciantes, y hasta las acémilas que suben al San Gothardo han de pagarle su impuesto. De sus posesiones, como de una red, nos vemos por doquier rodeados y presos en ella... ¿Nos protegerá acaso el Imperio? ¿Puede él mismo defenderse del poderío, siempre creciente, del Austria? Si Dios no nos ayuda, ningún emperador ha de ayudarnos. ¿Cómo fiarnos de las palabras del Emperador, si, obligado por sus guerras y apuros pecuniarios, empeña y vende las mismas ciudades, que se han acogido á la pro-

protección del águila?... ¡No, tío! Lo mejor y lo más prudente, en estos tiempos de desorden, es adherirse á algún potentado poderoso. La corona imperial pasa de una á otra familia, que olvida por completo nuestros servicios. Al contrario, si tenemos un temible soberano hereditario, y nos granjeamos su favor, sembramos para coger después copioso fruto.

EL BARÓN.—¿Tan sabio eres tú acaso? ¿Quieres aparentar más capacidad que tus nobles progenitores, que, para conservar la joya preciosa de la libertad, prodigaron heroicamente sus bienes y su sangre?... Vé á Lucerna, é infórmate de la dominación del Austria, y averiguarás cuán pesada es. Vendrán á contar nuestras ovejas y bueyes, á medir nuestras montañas, á monopolizar la caza y la montería en nuestros bosques libres, á establecer portazgos y registros. á enriquecerse con nuestra pobreza, y á sostener sus guerras con nuestros jóvenes... No; si hemos de derramar nuestra sangre, que sea por nosotros... menos nos costará la libertad que la esclavitud.

RUDENZ.—¿Qué podemos nosotros, pueblo de pastores, contra los ejércitos de Alberto?

EL BARÓN.—Aprende, oh mancebo, á conocer mejor este pueblo de pastores. Yo sí lo conozco; yo lo he llevado á las batallas, y le he visto pelear en Favenza. ¡Que vengan, pues, á imponernos un yugo, que estamos resueltos á rechazar! ¡Oh! ¡Recuerda cuál es tu alcurnia! No deseches por un vano resplandor y frágil oropel, la perla verdadera de tu propio valor... Verte al frente de un pueblo libre, que te venera cordialmente sólo por amor, que te sigue fiel á la pelea y á la muerte, sea tu orgullo, y la nobleza que te envanezca... Estrecha los lazos naturales de tu patria querida, entrégate á ella con todo tu corazón y toda tu alma. Ahí están las robustas raíces de tu fuerza, y en ese mundo extraño te verás solo, débil caña, que des-

rozara toda tempestad. ¡Oh! ven; tiempo hace que no nos has visitado; ven con nosotros un solo día... Pero no vayas hoy a Afdorf... ¿oyes? ¡hoy no! ¡Concede á los tuyos este sólo día! (Coge su mand.)

RUDENZ. He dado mi palabra... dejadme... estoy comprometido á ello.

EL BARÓN. (Que suelta su mano con seriedad.)— ¡Tú estás comprometido... Si, desdichado; lo estás, pero no por tu palabra y juramento, sino por el vínculo del amor... (Rudenz se vuelve.) Ocúltate como deseas. Es una mujer, es Berta de Bruneck la que te atrae al castillo del Gobernador, y te encadena al servicio del Emperador. Por enamorarla abandonas á tu país. ¡Mira no te engañes! Para atraerte, te ofrecen de señuelo esa señorita, que no será el premio de tu candor.

RUDENZ. —Bastante he oído ya; ¡Quedaos con Dios! (Vase.)

EL BARÓN. — ¡Joven iluso, quédate!... ¡Se va! No puedo detenerlo ni salvarlo... Así ha renunciado á su patria Wolfenschiessen... y otros lo imitarán. Un encanto extraño arrastra á la juventud, y ejerce sus estragos en estas montañas... ¡Oh día funesto aquel en que el extranjero penetró en estos valles, antes dichosos, para corromper sus costumbres piadosas y sencillas!

La novedad entra aquí con poderío, y rechaza lo antiguo y lo digno, y le suceden otros tiempos, y la generación actual piensa muy diversamente. ¡Qué hago yo aquí! Enterrados están todos aquellos con quienes he vivido y dominado. Mi época duerme también el sueño de la muerte. ¡Venid! que nada tiene que hacer con la que le sucede.

ESCENA II.

Pradera rodeada de bosques y peñascos elevados. Sobre los peñascos hay peldaños con balastradas, y escalas, por las cuales bajan las gentes. En el fondo se ve un lago, por encima del cual se ostenta un arco iris lunar. Altas montañas cierran el horizonte, y las últimas aparecen cubiertas de nieve. Es de noche, y sólo brilla la luna en el lago y en los ventisqueros.

MELCHTHAL, BAUMGARTEN, WINKELRIED, MEIER DE SARNEN, BURKARDO DE BUHEL, ARNOLDO DE SEWA, NICOLÁS DE FLUE, y otros cuatro montañeses, todos armados.

MELCHTHAL. (Detrás de la escena.) — La senda se ensancha; seguidme ligeros; reconozco la roca, y la cruz que la termina. Ya llegamos; ya estamos en Rütli! (Llegan con antorchas.)

WINKELRIED. — ¡Escuchad!

SEWA. — Nadie hay.

MEIER. — Ningún compañero ha venido aún. Nosotros, los de Unterwald, somos los primeros.

MELCHTHAL. — ¡Qué hora de la noche será?

BAUMGARTEN. — El vigilante de Selisberg ha anunciado las dos. (Oyese un tañido á lo lejos.)

MEIER. — ¡Silencio! ¡Escuchemos!

BUHEL. — Es la campanilla de la capilla del bosque, que se oye distintamente tocando á maitines del lado de allá, en la Suiza.

FLUE. — El aire está sereno, y así se percibe el sonido tan claro.